

Del Yo al Nosotros: Un movimiento necesario Una propuesta de abordaje en equipo*

Lic. Andrés Escobal Silva
Psicólogo

El encuentro

Cuando llamó por teléfono su voz era apagada, hablaba casi en susurros... ya conocemos ese tono de voz... le preguntamos si puede hablar –“no, no mucho...”

Le hacemos las preguntas necesarias para orientarnos un poco:

- ¿Cómo te llamas?
- *María*
- ¿Qué edad tenes?
- *13*
- ¿Tenes problemas en tu casa?
- *Si*
- ¿Problemas de violencia?
- *Más o menos*
- ¿Algo que ver con Abuso Sexual?
- *Si... sí... eso*
- ¿Cuándo podes venir?
- *No se... lo antes posible*
- ¿En que horario podes venir?
- *En horario de liceo, porque mi madre no quiere que hable con nadie de esto*
- ¿Venís sola?
- *Hay una adscripta que me acompaña.*

María parece, por su aspecto, tener menos edad que la que tiene; está evidentemente nerviosa; viene acompañada de una adscripta que es muy joven. Es visible la confianza que deposita en la adscripta, busca permanentemente su mirada, como si requiriese aprobación permanente.

Cuando entraban al Centro venían conversando y María hacía muchos gestos y ademanes apoyando con su cuerpo lo que transmitía con sus palabras. Parecía una joven muy locuaz. Uno podía percibir una actitud “compinche” entre la alumna y su profesora adscriptora.

En la entrevista fue diferente, su imagen se transformo, no gesticulaba, solo movía mecánicamente las manos y las piernas, hablaba mirando para abajo, en un tono penoso, uno podía sentir la indefensión de una niña, frente a la imponentia del adulto que la somete, y nos preguntamos en silencio...¿porqué?...

“Desde que tenía 5 años hasta los 12 mi padrastro me hacía cosas... Como mi mamá trabajaba de noche, porque es enfermera, él venía a mi cama y me hacía lo que quería.

La mayoría de las noches yo dormía muy poco y me iba mal en la escuela, porque yo tenía siempre sueño en clase, mamá se enojaba mucho por las notas y me decía que tenía que estudiar más, porque ella se “mataba” trabajando de noche para mantenernos y yo no podía ser tan desconsiderada.

Él me decía que si yo le contaba algo a mi madre, como ella era muy nerviosa, lo iba a matar, y entonces iba a ir presa y a mi y a mis dos hermanos mas chicos, nos iban a internar en el INAME.

Cuando supe que él estaba haciendo lo mismo con mi hermana, la que me sigue, ahí no aguante mas y conté todo.

Mi madre al principio no me creía, me preguntaba que ¿porque yo no había dicho nada en tanto tiempo? Me decía que si yo hubiera hablado antes no habría pasado lo de mi hermana...y tiene razón. Mi hermano chico, el de 7 años, llora porque el padre se fue de casa, el otro día me dijo que yo tenía la culpa... Mi madre no quiere que yo diga nada porque dice que van a decir que ella no me cuidaba y que a mi me van a agarrar los muchachos para la joda....”

Llora... “Pero yo no aguanto mas... en casa están todos mal y es porque yo hablé... pero yo no hice nada malo... ¿no?”

El técnico

Este es un relato no muy distinto al que escuchamos casi cotidianamente desde nuestro lugar como técnicos trabajando en el tema de la violencia intrafamiliar. Es un relato que en sí mismo es muy violento, no sólo por el contenido explícito de la violencia en juego, sino también porque quien está prestando oídos, está sometido a la violencia de la escucha.

El despliegue de los relatos de abuso, en cualquiera de sus formas, nos coloca ante las historias de púberes y adolescentes, a veces la historia de toda su vida, ubicándonos repetidamente como espectadores ante situaciones que parecen ser un muestrario de miserias humanas. Muchas veces madres que en las entrevistas nos dicen llorando, en relación a lo que están viviendo sus hijas, como están viendo desfilar por delante de sus ojos situaciones que ellas mismas vivieron siendo niñas y que nunca contaron a nadie, que nunca se atrevieron a sacar a luz porque la culpa sigue allí; porque era demasiado “sucio”, y ahora... la historia se repite y ella reactiva las culpas, por no haber visto, por no haber podido “frenar” la situación.

Como técnicos es nuestra función adoptar una postura que habilite a que se desplieguen el relato y los sentimientos que surjan unidos a este; una postura que sea sentida desde quien consulta como continentadora, y que genere seguridad y confianza.

En muchas oportunidades esto se logra a costa de acallar, de postergar para otro momento lo que estamos sintiendo interiormente en el mismo momento del relato. Parecería que estamos frente a un técnico que no puede derrumbarse, que no puede expresar los sentimientos que le genera la situación, la impotencia que muchas veces se siente frente a tantos relatos de maltrato o abuso sexual, la bronca, la angustia, la tristeza, la ira... y por que no incluir también la duda.

No son pocas las veces que nos encontramos con situaciones de vida relatadas por quienes concurren solicitando ayuda que nos tocan en aspectos o episodios de nuestra

propia historia, y es una puesta a prueba permanente del manejo que podemos hacer de nuestras emociones frente a otro que viene desgarrado a pedir ayuda, a preguntar que hacer con el sin sentido, con lo brutal de la negación que hace el agresor del otro como ser humano.

Sabemos que aquellas emociones que no podemos expresar verbalmente por algún motivo en un momento dado, serán puestas de manifiesto en acciones en otros momentos. Lo que como técnicos no podemos expresar en esas circunstancias, lo vamos a poner en acto en algún momento y en algún lugar.

El trabajo con aquellos que han sufrido o sufren situaciones de abuso, tanto físico, como psicológico, sexual o de otro tipo es una puesta a prueba permanente hacia el técnico. La violencia nos impregna, nos interpela como personas, como profesionales, nos cuestiona en nuestros saberes, nos habla desde paradigmas contrapuestos a los nuestros; se refugia en lógicas que todos hemos aprendido en algún momento, aún con la mejor de las intenciones, y que validan que “las cosas son como son”.

Quienes desde cualquier ámbito intentamos romper esas certezas, esos axiomas que sustentan los lugares de poder y de dominio a través del control en la regulación de los vínculos interpersonales, sabemos, que esto no se puede hacer solo, que es necesario mas de una mirada, que es necesaria mas de una escucha y sin duda muchas veces mas de una mano que nos apoye, y un hombro donde apoyarnos.

Para que se estructure la situación vincular violenta se necesita mas de uno, para modificarla... también.

Es necesaria la intervención desde diferentes abordajes, múltiples miradas; aquellos que hacen a las especificidades disciplinares nos aportan los conocimientos necesarios para manejarnos metodologicamente en las entrevistas, en el análisis de las situaciones, en la puesta de distancia necesaria para poder operar eficientemente sin acudir a estereotipos que rigidizen los roles y obturen las posibilidades de pensar en las situaciones como dinámicas.

La intervención técnica en el intento de ruptura de los modelos de vínculos violentos, necesita de una formación específica y de una práctica concreta en el manejo con los afectos y efectos que este tipo de relacionamiento genera. La formación académica sistemática en determinadas disciplinas es a nuestro entender muy importante.

Esto no quiere decir que uno exclusivamente se forme en los ámbitos universitarios para el trabajo con la violencia, no hay Facultad que nos faculte, ni Licenciatura que nos licencie “per se” para abordar esta temática. Podemos aprender técnicas, líneas teóricas o hasta concepciones de causación del fenómeno que explique los como, los cuando y los porque, pero si no hay un encuentro con quienes están formando parte de la relación de violencia, no se produce un verdadero aprendizaje que habilite a un accionar efectivo.

La actuación de profesionales universitarios en todo lo que hace al abordaje de la temática, nos parece sustancial, sin que esto implique exclusividad o suficiencia. Desde la comprensión de las etiologías y consecuentemente la posibilidad de aportar en un intento de modificación de los elementos que hacen a su génesis; el abordaje en términos de tratamiento - individual, de pareja, familiar, grupal, comunitario -, la creación de

campañas y políticas de sensibilización, la instrumentación de investigaciones específicas en torno al tema, etc.

El equipo

Trabajar con la temática del abuso, sea cual fuere su manifestación, es trabajar desde todo lo que uno es y transporta: historia, valores, ideología que sustenta prácticas, ética que enmarca y sostiene, y por supuesto afectos y estados de ánimo, los cotidianos, que tiene sus momentos de altos y bajos.

El trabajo en solitario en esta temática, no permite visualizar una serie de elementos que tienen que ver, no sólo con la situación y personas en cuestión, sino también con nosotros mismos y con lo que nos pasa en cada encuentro con quienes protagonizan la relación violenta. Trabajar en soledad, creyendo que uno puede solo con esto, nos remite a una falta de experiencia en la temática, o a un alarde de fantasía omnipotente, que por supuesto conduce inevitablemente a la impotencia.

El equipo se instala entonces en el lugar de lo imprescindible, donde la conjunción de las individualidades a través de la tarea dará lugar a la conformación de un perfil propio, que lo singularizará en una forma de abordaje a la problemática, tanto desde lo conceptual, como desde lo metodológico.

Cuando utilizamos el concepto "equipo de trabajo" estamos haciendo referencia a un dispositivo que más allá de las definiciones teóricas que lo sustenten desde lo conceptual, se transforma en el vehículo de las múltiples emociones y sentimientos que se ponen en juego, en cada uno de los técnicos, en el trabajo concreto con la violencia.

Dentro de la noción del equipo como un espacio "imprescindible", debemos reconocer que asistimos con frecuencia a la indiscriminación entre "equipo - dispositivo de trabajo" y "equipo- personas que lo integran". Pensamos que esta indiscriminación es operativa en tanto, el dispositivo que permite el despliegue de las distintas concepciones disciplinares y el intercambio, la reflexión y la elaboración de estrategias para abordar problemáticas específicas; está integrado por personas que son las que, más allá de las disciplinas y/o concepciones que sustenten, se constituyen en el soporte afectivo de los integrantes del mismo.

Muchas veces es el escenario donde se materializan las descargas necesarias para que la acumulación de tensión no opere en forma negativa en otros ámbitos. En este sentido el "equipo" se transforma no solo en un lugar privilegiado para cada uno de los integrantes, sino que su función "digestiva" tiene un efecto directo sobre la calidad de atención a quien lo demanda.

La "contaminación" o no con la que el técnico aborda la consulta puede ser un elemento determinante para la consecución de un tratamiento. Por otro lado el clima de confianza necesario para que se desplieguen relatos y vivencias que en la mayoría de los casos son contados por primera vez, pues producían mucho miedo, vergüenza y culpa, se constituirá desde el primer encuentro y estará sostenido en la percepción, por parte de quien está demandando "ser escuchado", de que el técnico esta con su atención ciento por cien puesta en su situación.

Más allá de la formación, experiencia y calidad humana de quienes integren el equipo, hay situaciones que no se pueden analizar y abordar si no es con el auxilio de alguien de afuera del mismo.

El análisis y elaboración por parte del equipo, de situaciones de difícil manejo en el encuentro cotidiano con quienes nos consultan, requieren en algunos casos del aporte de una mirada externa. Los elementos culturales e ideológicos contra los cuales planteamos la pelea, también nos habitan a nosotros. Es necesario poder visualizar cuales son estos y las consecuencias específicas que tienen en el momento de la intervención concreta, para minimizar sus efectos y elaborar mejores estrategias de acción.

De la misma forma en que necesitamos una mirada externa en el equipo para situaciones que hacen a la asistencia de las demandas que llegan - una forma de "supervisión" clínica -; consideramos que también es necesario una mirada externa en cuanto al funcionamiento del equipo como grupo.

La dimensión de las relaciones vinculares de quienes integramos un equipo de trabajo en la temática, es un elemento que nunca debe ser descuidado. Es muy importante el nivel de acuerdos que se puedan establecer, no sólo en relación a la operativa institucional sino también en lo que hace a la "convivencia", a las normas y modos de funcionamiento, en el grado de compromiso que asumamos cada uno de los integrantes, pero sobre todo en los niveles de sinceridad con los cuales estemos dispuestos a abordar los diferentes temas.

Cuando uno sale de una entrevista y se encuentra "invadido" por el contenido del relato escuchado, es necesario que tenga bien claro con quien se va a encontrar, es preciso saber hasta donde está el otro dispuesto a sostenerlo.

Por momentos la violencia se juega en la relación con el compañero de equipo. Los códigos que se manejen, la comprensión de que el momento es reactivo a otras situaciones, el conocimiento de las formas de reacción del otro, son elementos que permitirán que dichas situaciones de violencia queden entendidas como puntuales sin mayor trascendencia para el buen relacionamiento del grupo.

Los espacios de intercambio y reflexión no quedan solamente enmarcados en elementos afectivos o emocionales. La elaboración de estrategias de las situaciones nuevas, como así también la revisión y replanteo de las estrategias que ya están siendo implementadas, necesitan de la discusión permanente del equipo de trabajo.

El equipo no sólo debe de conocer las situaciones que están siendo atendidas, sino también debe de poder asumir las peculiaridades de las mismas en tanto es responsabilidad del colectivo las medidas que se implementen y no queda esta restringida a quien este oficiando como referente.

Evidentemente este planteo no significa que las medidas estratégicas que se implementen siempre van a estar avaladas en su totalidad por todos los integrantes del equipo, pero lo importante es que se discutan y sobre la base de una fundamentación, en donde el referente tendrá una voz privilegiada, se establecerán pautas metodológicas que serán reevaluadas toda vez que las situaciones lo requieran.

El colectivo se estructura entonces como una red de sostén afectivo-conceptual-metodológico que no solo facilita, sino que potencia la producción de conocimientos, no solamente en el área de la atención directa, sino también en lo que hace al técnico que aborda la temática. En este sentido no podemos pensar en un marco, en cuanto a lo metodológico, que esté rígidamente establecido, sino más bien en la reelaboración permanente del mismo en función de los aprendizajes que desde la práctica van surgiendo.

Nos parece importante establecer una división en cuatro planos o niveles diferentes:

☞☞ **La reunión de equipo:** espacio donde se informará y discutirá sobre las cuestiones institucionales, así como los aspectos de gestión. Es este el espacio privilegiado para discutir los casos y establecer las diferentes estrategias a seguir en cada uno.

☞☞ **La supervisión clínica:** espacio donde se trabajan las situaciones que resultan de difícil manejo y que por lo tanto se constituyen en fuentes privilegiadas de aprendizaje. Se elaboran también los obstáculos ideológicos y culturales que nos atraviezan y que hacen al como nos posicionamos frente a las diversas demandas.

☞☞ **La supervisión del equipo:** espacio donde se trabajan los diferentes atravesamientos que el equipo sostiene: vínculos personales, institucionales, roles, transferencias, diferentes estados de ánimo, entre otros. Estos elementos serán facilitadores u obtaculizadores de la tarea y de posibles niveles de gratificación en la misma por parte de los integrantes del equipo.

☞☞ **El encuentro con el compañero:** Este es un momento de síntesis del trabajo grupal en los tres niveles previamente descriptos. El encuentro con el otro fuera de las instancias antes mencionadas será una prueba de sí el equipo está funcionando como tal, y consecuentemente sus integrantes se han apropiado de las construcciones que se han ido logrando en el mismo; o si por el contrario se sigue trabajando desde una concepción disciplinar aislada.

Sin lugar a dudas esta forma de abordaje del trabajo con la violencia intrafamiliar y el abuso sexual requiere de una constante actualización bibliográfica y de experiencias de otros actores que abordan el tema, asumiendo que cuando hablamos de redes lo hacemos pensando en un intercambio despojado de protagonismos que nos aporte a todos nuevas líneas de pensamiento y acción concreta.

Para finalizar es necesario puntualizar que el aprendizaje que realicemos en cuanto a la temática debe tener una vía de canalización al cuerpo social a través de un adecuado plan de sensibilización y formación de agentes comunitarios que permita poner una y otra vez el tema en la opinión pública, en el convencimiento de que la violencia doméstica sea cual sea la forma en que se de no es un tema privado, de puertas adentro de cada hogar, sino que es una cuestión de Derechos Humanos y por lo tanto nos involucra a todos en un compromiso con nosotros y con las generaciones futuras.

***Artículo publicado en : Libro “Violencia Familiar” El Faro. Un punto de partida en el proyecto de vida. Ediciones Creagraf. Montevideo, noviembre año 2000**

